

corazones, y añádense á la verdad mil detalles que parecen idealizarla, naciendo así una especie de leyenda bajo los pasos del arzobispo, y que le sigue como el dulce aroma de sus virtudes. Estos hechos, ciertos ó falsos, se encuentran en todas las memorias.

Durante el invierno y el hambre de 1709, su caridad se ejerció con un celo más activo, teniendo que remediar la triple desgracia de la guerra, el frío y el hambre. Habíanse acumulado los desastres. Las plazas fortificadas con tanto cuidado por la prudencia del rey, estaban en poder del enemigo. Las tropas, mal pagadas, olvidaban la disciplina así como habían olvidado la victoria. El tesoro estaba exhausto. La inagotable imaginación del fisco estaba agotada, y ya no sabía bajo qué pretexto sacar un escudo. El rigor del invierno había esterilizado las semillas confiadas á la tierra. Los hombres morían de frío, y cuando llegó el verano se los vió morir de hambre con un puñado de yerba en la boca. En varios puntos la sedición hizo temblar á aquel trono que no encontraba apoyo en ninguna cosa, y las ejecuciones contestaron á los estravíos de la miseria. La paz que Luis XIV no había sabido guardar nunca, huía ahora ante sus humildes peticiones. La ambición del príncipe Eugenio y la avaricia de Marlborough, prolongaban la guerra que les servía á ellos y á su gloria. Después de Höchstœdt y Ramillies, Odenaia, Lila y Malplaquet, parecía anunciar la última hora de la Francia, que conservó por mucho tiempo un gran temor, y que se estremece hoy aun cuando recuerda aquel año en que parece que Dios quiso castigar á los hombres por sus discordias, aumentando severamente los males con que se oprimían ellos mismos.

Pero sobre este triste recuerdo se encuentra el del hombre divino que la Providencia presenta como ejemplo cuando castiga tan terriblemente. Esta es una ley histórica: en las épocas de destrucción los grandes hombres y las grandes virtudes; en los desastres los héroes de la caridad: así lo podemos observar en todas partes: en la matanza de los indios, Las-Casas; en las guerras de religión, L'Hopital; en la corrupción del siglo, San Vicente de Paul; San Carlos Borromeo en Milan; Belzuncio en Marsella; en la época de los cadalsos levantados por el terror, sus víctimas. El año 1709 y Flandes tuvieron á Fenelon. En estas señales de salvación se conoce la mano que castiga para enseñar.

El palacio episcopal de Cambrai fué el asilo de las desgracias, y cuando no se cabía ya en él, Fenelon las abrió su seminario y alquiló varias casas. Pueblos enteros, arruinados por los soldados venían á refugiarse á Cambrai, donde eran recibidos como hijos, dándose de preferencia á los más desgraciados los primeros cuidados; además los generales, oficiales y soldados enfermos ó heridos, eran llevados á aquella ardiente caridad que no se disminuía nunca ante innumerables miserias. San Simon

usa raras veces la alabanza, pero cuando se trata de Fenelon, pierde su pluma toda la hiel que la caracteriza. Véase como se expresa:

«Su casa abierta lo mismo que su mesa parecíase á la de un gobernador de Flandes, y á un palacio episcopal; siempre militares distinguidos y muchos oficiales, sanos, enfermos ó heridos estaban hospedados en ella mantenidos y servidos como si fuesen un solo huésped. Fenelon asistía ordinariamente á las consultas de los médicos y cirujanos; llenando, además, los deberes del sacerdote con los enfermos y heridos; otras veces hacia lo mismo en las casas y hospitales donde se encontraban alojados los soldados; y todo ello sin el más pequeño olvido y previniéndolo todo. Una liberalidad bien entendida, una magnificencia que no insultaba y que recaía así en los oficiales como en los soldados, que reunía una gran hospitalidad y cuidaba de que la mesa, los muebles, los equipajes estuviesen como es debido; oficioso y modesto, callando los beneficios que podía ocultar, que eran innumerables; activo y servicial en los demás casos hasta llegar á estar obligado á los que lo recibían; nunca se le vió apresurado y ceremonioso, sino con una cortesía que abrazándolo todo era siempre moderada y proporcionada; de manera que cada uno creía que le cuidaba solo á él y con aquella precisión que le distinguía; así todos le adoraban. Los habitantes de los Países Bajos, sin distinción ninguna, admiraban y estaban dispuestos á sacrificarse por el que era objeto de su amor y veneración.»

## VII.

Así cumplía Fenelon su deber: se dedica á los desgraciados, y no solo los socorre y cuida, sino que vive con ellos: se encuentra siempre allí donde su presencia es necesaria; ni miserias repugnantes, ni males contagiosos lo detienen. Después de lo que le inspira su ardiente deseo de consolar al afligido, tiene una cosa de más efecto que el remedio y la limosna, tiene su mirada, una palabra tierna, un suspiro, una lágrima: su pensamiento está en todo, todo lo prevee y descende hasta el último detalle. Nada le parece indigno de sus cuidados y nada le fatiga, porque todo lo que hace es como el trabajo natural de su corazón. Conserva entera libertad de espíritu: ruega y medita como un solitario encerrado en el claustro; y mantiene, como un hombre desocupado, una correspondencia estensa, oficiosa ó seria, profunda é instructiva con las personas más eminentes, y casi siempre sobre las cuestiones más áridas y espinosas, obispo y teólogo escribió varias obras, instrucciones y memorias sobre

los puntos difíciles que aun ocupan á la iglesia de Francia. Su fuerza y sus recursos parecían inagotables, como si estuviera en su voluntad sacarlos de su alma. Severo consigo mismo y retirado de la sociedad, come solo y no vive sino de legumbres. No disminuye nunca lo que ofrece, ni posee nada que se pudiera quitar para remediar las necesidades de otro.

## VIII.

La gratitud y veneración que inspiraba su nombre atravesaron las líneas enemigas que no habían podido romper nuestras armas; recorría solo y á pie toda su diócesis, y hasta las tropas más desacreditadas é indisciplinadas, los húsares imperiales, le acompañaban y servían de escolta en sus visitas pastorales. Sus tierras, respetadas de orden de Eugenio y de Marlborough, eran el refugio de los aldeanos de los pueblos cercanos que llevaban allí, cuando se aproximaba el enemigo, sus familias y lo que más estimaban, y algunas veces para proteger mejor sus granos, sus bosques y praderas contra los merodeadores, los generales enemigos tuvieron en cuidado de darle guardia.

Un día unas carretas cargadas de trigo llegaron á la plaza de armas de Cambrai escoltadas por soldados de Marlborough. Temiendo que la escasez de alimentos no respetase mucho tiempo el trigo en el pueblecillo de Chateau-Cambresis, donde las había depositado Fenelon, el general inglés las había hecho llevar á la ciudad francesa á la vista de su propio ejército. Privilegio de los nobles corazones es elevar los de los demás é inspirarles buenas acciones. El santo arzobispo honraba hasta á los enemigos de su país con el respeto que le tenían.

## IX.

Los beneficios de Fenelon no se limitaron á hechos particulares; se elevó hasta á bienhechor público; porque dió socorros á la patria, sirviendo á la Francia la admiración de que era objeto. Cuando nuestro ejército estaba próximo á morir de hambre por falta de provisiones, tuvo la gloria de salvarle, único ejemplo que se ha presentado en casos semejantes. Entregó sus almacenes á los ministros de la Guerra y Hacienda; y cuando el contador general le invitó á que fijara el precio del trigo que hacia tan estimable la necesidad, contestó: «He puesto en vuestras manos el trigo: valuadlo como vuestras vuestras: yo daré por hecho lo que hagais.»

Al mismo tiempo escribía al duque de Chevreuse: «Si faltase dinero para cumplir obligaciones tan precisas, disponed de mi vagilla de plata y del poco trigo que me queda. Mas quiero sacrificar mis riquezas y mi vida que tenerlas para mi regalo.»

Y cuando ya todos los esfuerzos y sacrificios no eran suficientes para cubrir las necesidades más urgentes de los soldados y los habitantes de Flandes, dirigía al intendente del ejército la siguiente carta que pinta á lo vivo las miserias que le rodeaban.

«Señor, no puedo menos de hacer lo que debo por nuestro país arruinado; por lo tanto os suplico eficazmente que tengais la bondad de procurarnos los socorros que nos habeis prometido en nombre del rey: esta provincia no tiene más recurso para todo el año que la avena, pues no hay ni un grano de trigo. Ya comprendereis que el ejército que está á nuestras puertas tiene que consumir mucha avena, siendo más la que se pierde con talar los campos que lo que se come... Ya no se busca el trigo porque ha subido á un precio enorme, de manera que ni aun las familias acomodadas pueden comprarle; siendo además muy raro el que se encuentra: tampoco tenemos cebada, y la avena que nos quede no bastará para los hombres y caballos. Estamos, pues, esperando ver perecer á los pueblos y que se desarrolle una peste que llegará pronto á París. Además, ya conoceis que si los pueblos no pueden sembrar, ni mantenerse, vuestras tropas tampoco podrán subsistir en esta frontera sin habitantes que les suministren las cosas más necesarias, y la guerra no se podría continuar el año próximo en un país destruido: ya estamos muy cerca de este último estado; los pobres mueren de hambre y los ricos caen en la pobreza. Vos me habeis escrito que el rey nos enviara alguna cantidad de cebada y avena, y ahora os hago presente que no hay otro medio de salvar una frontera tan cercana de París y tan importante para la Francia. Creería faltar á Dios y al rey sino se hiciese una pintura fiel del estado en que nos hallamos. En fin, aquí lo esperamos todo de la compasión de su magestad para unos pueblos que no se han manifestado menos fieles que los del antiguo reino...»

## X.

El rey envejecía: una enfermedad aguda se llevó en Mendon al padre del duque de Borgoña, hijo de Luis XIV, que debía reinar antes que el discípulo de Fenelon. Los cortesanos, que veían ya muy poca distancia entre el trono y el duque de Borgoña, volvieron sus ojos hácia el nuevo sol que se elevaba, y vieron de-

trás de él á Fenelon. El cuadro que Saint-Simon, el linco de la corte, traza de la muerte del delfin, padre del duque de Borgoña, hace penetrar la luz hasta en los corazones mas tenebrosos. Nunca rasgó tan airadamente su pluma el velo del interés, del egoismo, de las lágrimas fingidas, de la alegría secreta, de las esperanzas que del Poniente habian ido á Levante, de la tumba al trono.

«Mientras que reinaba el horror en Meudon, todo estaba tranquilo en Versalles, sin tener ninguna sospecha de lo que sucedia en aquel sitio. Habiamos ya cenado; habiase retirado todo el mundo hacia algunas horas; yo conversaba con Mad. de Saint-Simon, que se iba á acostar, cuando un ayuda de cámara de la duquesa de Berry entró muy asustado, diciendo que se habian recibido malas noticias de Meudon. Fui al momento á casa de la duquesa de Berry; pero ya no habia nadie, todos se habian ido á casa de la duquesa de Borgoña, á donde me dirigí corriendo.

«Allí encontré reuniéndose á todo Versalles; las mugeres á medio vestir, la mayor parte dispuestas á acostarse, las puertas abiertas y todo en confusion. Supe que Monseñor habia recibido la Extremauncion, que habia perdido el conocimiento, que no habia esperanza alguna de salvarlo, y que el rey habia dicho á la duquesa de Borgoña que iba á salir para Marly, y que fuese á esperarle en la avenida de las caballerizas para verla al pasar.

«Consagré toda mi atencion á lo que pasaba delante de mí. Los dos principes y las dos princesas estaban en el gabinetito que hay detrás de la cama. Acostumbraban á ponerse la ropa de cama en el cuarto de la duquesa de Borgoña, lleno en aquel momento de confusion. La duquesa iba y venia del gabinete al cuarto, mientras llegaba el momento de ir á ver al rey, y su semblante, gracioso siempre, expresaba en aquel momento el dolor y la compasion que todos procuraban expresar. Las fisonomías de los concurrentes todas expresaban algo, y con solo tener ojos, sin necesidad de conocer la corte, podian conocerse los intereses pintados en los rostros, ó la indiferencia de los que nada esperaban. Estos tranquilos, aquellos penetrados de dolor, ó bien graves y atentos á sí mismos, para no dejar escapar sus esperanzas ó alegría.

«Mi primer cuidado fué informarme de lo que pasaba mas de una vez, y apenas queria creer en lo que veia ni en lo que escuchaba; después creí que no habria motivo para tanta alarma; por último me fijé en mí mismo, considerando la miseria comun á todos los hombres, y que llegaria un dia en que yo me encontraría á mi vez á las puertas de la muerte. Sin embargo, la alegría se mezclaba algun tanto con estas reflexiones momentáneas de religion y de humanidad con que procuraba recomponerme. Mi libertad particular me parecia

tan grande é inesperaba, que se me figuraba con evidencia mayor que la verdad misma, que el Estado ganaba todo cuanto habia menester con tal pérdida. Entre estos pensamientos tenia á pesar mio un resto de temor por si el enfermo se salvaba, y esto me causaba gran vergüenza.

«Absorto de esta manera en mí mismo, no hacia mas que mandar continuos recados á Mad. de Saint-Simon aconsejándola que viniese, dirigir miradas clandestinas á los rostros, figuras y movimientos, saciar mi curiosidad, fortalecer el juicio que cada personaje tenia (en el cual me habia engañado poco), y por último, sacar conjeturas ciertas de la verdad de estos movimientos espontáneos, tan difíciles de dominar por lo que son, para el que conozea algo los hombres, inducciones seguras de los pensamientos y esperanzas mas ocultas en otras ocasiones.

«Vi llegar á Mad. la duquesa de Orleans, cuyo magestuoso y arreglado continente no expresaba nada; algunos momentos después pasó el duque de Borgoña con aire triste y acongojado; pero á la primera mirada que le dirigí vivamente, no descubri nada que indicase la ternura, y si solo la reflexion profunda de un ánimo ocupado.

«Las mugeres y los ayudas de cámara hablaban ya indiscretamente, y su dolor probaba lo que aquella gente iba á perder. Hacia media noche se tuvieron noticias del rey, y al poco rato vi salir á la duquesa de Borgoña del gabinetito con el duque, que entonces llevaba el rostro mas afligido que la primera vez, y que volvió á entrar inmediatamente en el gabinete. La princesa unió á sus adornos su chal y su cofia, y en seguida atravesó la cámara con aire resuelto; tenia los ojos un tanto humedecidos, pero se vendia á sí misma al echar al descuido miradas á una y otra parte; seguianla sus damas y se dirigió al coche por la escalera principal.

«Después que salió de su cuarto tuve tiempo de ir á casa de la duquesa de Orleans, á quien tenia vivísimos deseos de ver. Al entrar en su casa supe que se hallaba en la de Madama, y me dirigí allí por sus habitaciones. En casa de esta encontré á la duquesa de Orleans con cinco ó seis damas familiares. No queria yo, sin embargo, tanta compañía, y la duquesa de Orleans, que no debia encontrarse menos importunada, tomó una bugia y se retiró á otra habitacion. Entonces fui á decir una palabra al oído á la duquesa de Villeroy; los dos pensábamos sobre aquel suceso de la misma manera, y me rechazó diciendome por lo bajo que me contuviese. Cansábame ya de guardar silencio entre los ayes y lástimas de aquellas damas, cuando el duque de Orleans apareció á la puerta de su gabinete y me llamó.

«Bajé á su habitacion, que estaba en la galería; él aparentaba no hallarse muy bien, y

«á mí me temblaban las piernas al ver lo que pasaba, tanto á mis ojos como en mi interior. Sentámonos por casualidad uno enfrente de otro; pero ¡cuál no seria mi sorpresa cuando al poco rato vi correr sus lágrimas! Señor, le dije levantandome, admirado. Comprendíome al instante y me respondí con voz entrecortada y llorando verdaderamente:—Razon tenéis al sorprenderos: yo mismo me sorprendo, pero no puedo menos de entermecerme, porque era un hombre de bien con el cual he pasado mi vida; siempre me ha tratado bien y con amistad en aquello que se le ha permitido hacer y tratar por sí mismo. Bien conozeo que la tristeza no puede ser larga: dentro de pocos dias encontraré muchos motivos para consolarme, hallándome en el estado en que se me habia puesto con él; pero ahora la sanare, la proximidad de parentesco, la humanidad, todo se junta para entristecerme y conmover mi corazón. Alabé este sentimiento, y el principe se levantó, y ocultando el rostro lloró y suspiró amargamente: cosa que á no haberla visto jamás la hubiera creído. Le aconsejé que se sosegara, y estándole diciendo algunas palabras sobre esto, le avisaron de que llegaba la duquesa de Borgoña: salió á recibirla y yo le seguí.

«La duquesa de Borgoña, que se habia parado entre la alameda de las caballerizas, no tuvo que esperar al rey mucho tiempo, y cuando le vió llegar bajó del carruage y corrió á la portezuela. Mad. de Maintenon, que iba á aquel lado, le dijo: ¿á dónde vais, señora? No os aproximéis, que venimos apesadados. No he podido saber el movimiento que entonces hizo el rey, que no la abrazó á causa de los malos miasmas que traía. La princesa subió otra vez al instante á su carruage y volvió á palacio.

«A su vuelta encontré á los dos principes y á la duquesa de Berry con el duque de Beauvilliers á quien habia mandado llamar. Los dos principes teniendo cada uno á su lado su princesa, estaban sentados en un mismo canapé junto á las ventanas, y de espaldas á la galería; los concurrentes están esparcidos, sentados ó de pie y en confusion por la sala, y las damas mas allegadas en el suelo á los pies ó cerca del canapé de los principes.

«En la cámara y en todo el aposento leíase claramente en las fisonomías, Monseñor habia muerto; la noticia se sabia y publicaba sin ningun rebozo, y como por lo que á él tocaba ningun temor podia tenerse, aquellos momentos eran los de los primeros movimientos pintados al natural y por entonces despojados de toda politica, aunque con algun estudio por la turbacion, la agitacion, la sorpresa y el espectáculo confuso de aquella noche.

«En las primeras piezas gemian los criados; mas adelante comenzaba la multitud de cortesanos de todas clases. El mayor número, es decir, el de los tontos, sacaban suspiros

de los talones, y con ojos estraviados y entujos alababan á Monseñor siempre con la misma alabanza, es decir, con la bondad, y compadecian al rey por la pérdida de tan buen hijo. Los mas sagaces ó de mas consideracion, se empezaban á inquietar por la salud del rey, y por la frecuencia con que repetian estas palabras se conozia la importancia que daban á su prevision. Otros verdaderamente afligidos porque perdian algo, lloraban amargamente ó se contenian haciendo esfuerzos para ello, que se notaban tanto como los suspiros. Entre estas diversas clases de afligidos, nada se decia ni hablaba, y solo se oia alguna exclamacion de dolor que se escapaba y que á veces era correspondida por otra exclamacion del mismo género que soltaba algun otro; en todo un cuarto de hora se oian alguna palabra y de continuo se veian ojos tristes ó asustados, ademanes menos ridiculos que involuntarios, y por lo demas inmovilidad absoluta. Los curiosos y los que nada les importaba aquello, á escepcion de los tonos, eran los que hablaban, hacian preguntas y aumentaban la desesperacion de los demas importunándolos. Los que miraban el acontecimiento como favorable se esforzaban en vano por llevar la gravedad hasta parecer tristes, porque por el contrario su continente no era otra cosa mas que un velo claro que no impedia á los buenos ojos distinguir todas las facciones; estaban estos mas tenaces en su dolor que los mas entristecidos, y sus ojos llenaban la falta de agitacion de sus cuerpos. Los cambios continuos de posicion como personas que no están bien en su sitio, cierto cuidado en evitar unos las miradas de los otros; las peripecias que resultaban de los encuentros; una especie de libertad mayor que la acostumbrada, no obstante el esmero que ponian en componerse; y en fin, cierta especie de brillo que los rodeaba los distinguian de todos los demas por muy sobre sí que estuviesen.

«Los dos principes y las dos princesas sentados unos al lado de los otros y absortos en sí mismos, eran los que mas espuestos estaban á la atencion general. El duque de Borgoña lloraba tiernamente, de buena fé y con aire de dulzura, lágrimas naturales, de religion y de paciencia; el duque de Berry tambien de buena fé, lloraba en abundancia, pero lágrimas sangrientas por decirlo así, tan grande parecia su amargura; y daba no ya suspiros sino gritos y alaridos, en términos que hubo que desnudarlo allí mismo y que ir á buscar médicos y medicinas. La duquesa de Berry estaba fuera de sí; la mas amarga desesperacion se veia escrita en su rostro donde se pintaba el dolor no amistoso sino interesado. Distraida á menudo por los ayes de su esposo, le atendia, le socorria y cuidaba esmeradamente, pero á pocos momentos volvía á ensimismarse profundamente. La duquesa

de Borgoña consolaba también á su esposo, pero había en ella menos dolor que ganas de ser consolada; echaba alguna que otra lágrima que conservada cuidadosamente proporcionaba ocasión al pañuelo para enrojecer é hinchar los ojos y ensuciar el rostro; pero á pesar de esto no dejaba de dirigir disimuladamente miradas á la concurrencia.»

Al lado de estos estaba de pie el duque de Beauvilliers tranquilo y sereno, disponiendo lo que le parecía oportuno para el alivio de los príncipes.

Madama vestida con todo lujo, llegó dando alaridos sin saber ni vestirse ni gritar, inundó á todos en sus lágrimas, les abrazó, hizo que los gritos resonasen de nuevo en el palacio y proporcionó el raro espectáculo de una princesa que se viste á media noche de toda ceremonia para ir á llorar y gritar entre una porción de mugeres á medio vestir y casi como en mascarada.

La duquesa de Orleans y algunas de sus damas entristecidas, se retiraron á un gabinete por no ver aquel espectáculo. En él estaban cuando yo llegué.

Quería yo dudar todavía, aunque todo me decía lo que había sucedido, y no pude resolverme á creer hasta que me lo dijese un sujeto digno de fe. Encontré por casualidad á Mr. d'O á quien pregunté lo que había y me lo contó sencillamente. Cuando lo supe procuré aparecer desasosegado; no sé que tal lo hice, lo único que puedo decir es, que ni la alegría, ni la tristeza, embotaron mi curiosidad y que tomando una actitud modesta, no me creí obligado á hacer el papel de dolorido. Ya no temía la vuelta del difunto de la ciudadela de Meudon, ni las crueles escursiones de su terrible guarnición, y me dediqué, con mas asiduidad que antes que el rey pasase para Marly, á contemplar con mas libertad toda aquella numerosa reunión, á dirigir la vista á los mas tristes y á los que estaban menos, á seguir á unos y á otros con mis miradas y por último á conocerlos disimuladamente á todos. Preciso es confesar que para el que conoce el terreno de la corte las primeras escenas de los acontecimientos raros de esta naturaleza, bajo todos conceptos tan interesantes, son en extremo satisfactorias; porque cada fisonomía le recuerda á uno los trabajos, intrigas y sudores empleados para aumentar la fortuna y para formar y fortificar los complots; las sutilezas para mantenerse en un puesto y echar de él á los demas, y los medios puestos en juego para esto; las amistades mas ó menos anticipadas, el apartamiento, la frialdad, los odios, las malas artes, las maquinaciones, los manejos, pequeñas necices y bajezas de cada uno; el desconcierto de unos á la mitad de su carrera, ó bien cuando llegan al colmo de sus esperanzas; el estupor de los que por casualidad las alcanzan por completo, el golpe mismo que hiere

á los enemigos y á los del complot opuesto, la virtud elástica que saca provecho de las circunstancias para sus manejos, la grande é inesperada satisfacción de estos (y yo era de los que mas satisfechos estaban), la rabia de los otros, su confusión y su despecho por ocultarla. La prontitud de los ojos en ir de una parte á otra sondeando las almas á favor de la confusión y sorpresa y desorden súbito, la combinación de todo cuanto se observa, la admiración que causa el no encontrar en algunos lo que se había creído por falta de corazón ó de talento en ellos y hallar estas cualidades en alto grado en otros en quien ni siquiera se habían sospechado, todo este conjunto de objetos vivos y de cosas tan importantes constituyen un placer para el que sabe buscarlo, que por poco duradero que sea, es uno de los mayores de que se puede gozar en una corte.

Pero el que mas sintió de todos aquel acontecimiento fué Fenelon, prosigue escribiendo Saint-Simon. ¡Qué larga preparación pudo tener su espíritu para aquella muerte! ¡Aquella proximidad de un triunfo seguro y completo! ¡Qué rayo luminoso vino á atravesar de pronto su morada de tinieblas! Confinado hacia doce años en su diócesis, envejecia este prelado en ella bajo el peso inútil de sus esperanzas, y veía pasarse los años en una uniformidad que no podia menos de ser desesperario. Siempre odiado del rey, delante del cual nadie se atrevía á pronunciar su nombre, aun para las cosas mas pequeñas; mas odiado todavía de Mad. de Maintenon, porque le había perdido... Espuesto mas que ningun otro á los tiros de la cábala que disponia del delfín muerto, no tenia mas apoyo que la inalterable amistad de su discípulo, que á su vez era también víctima de aquella cábala, y que según el curso ordinario de las cosas, debía serlo por mucho tiempo para que su maestro tuviera la esperanza de sobreponerse á ella... En un abrir y cerrar de ojos el discípulo se hizo delfín, y en otro llegó á una especie de reinado prematuro.»

## XI.

Toda la corte pensó en Fenelon con aquel acontecimiento, y su nombre se presentó como un remordimiento ó como una esperanza á todos. Ya se creía verle reinar en un porvenir que una muerte tan repentina é inesperada hacia presentarse á las imaginaciones como cercano. La conducta del rey con su nieto, á quien había tenido hasta entonces en la oscuridad, redobló para unos la inquietud y para otros su esperanza. Una mañana llamó Luis XIV á la gabinete al joven príncipe, cuando estaba re-

nido el consejo y mandó á los ministros que consultasen con el duque de Borgoña cuando éste los llamase, y que aun sin necesidad de llamamiento que fuesen por sí propios á darle cuenta de los negocios del Estado como al mismo rey. «Fué este, dice el historiador de los *Misierios de palacio*, un golpe mortal para los ministros, casi todos enemigos de Fenelon. ¿Qué caída la suya, añade, tener que consultar con un príncipe cercano al trono, y que mostraba grande disposición y espíritu justo y elevado, que en cada negocio tomaba el parecer de su conciencia, y que ademas confesaba su alma y su corazón á Fenelon!»

Semejante cambio había sido obra de Mad. de Maintenon, á quien el joven príncipe, aconsejado por Fenelon, había mostrado cierta deferencia alhagüena para su amor propio, y tranquilizadora para el porvenir; porque despues de la muerte del delfín temia el futuro reinado, y para asegurarse la continuacion de su influencia quería comprar el agradecimiento del sucesor; por consiguiente, al otro dia de los funerales del delfín se hizo del partido que hasta entonces había tenido alejado del favor, y el rey, que solo pensaba por ella, pareció preparar por sí mismo el tránsito desde su tumba al trono de su nieto.

## XII.

Fenelon, saliendo de su abatimiento, merced á la mano de la muerte, á quien tomó por la mano de Dios, dirigió á su discípulo palabras de libertad y de gozo, pero severas: «Dios, le escribía, acaba de descargar un gran golpe, pero hasta en las mayores desgracias su mano es misericordiosa. Ese espectáculo doloroso ha sido dado al mundo para probar á los hombres alucinados, que los príncipes á pesar de ser tan grandes en la apariencia son pequeños en realidad. Dichosos los que siempre han mirado su autoridad como un depósito que se les ha confiado solo para el bien de los pueblos! Ya es tiempo de hacerse amar, temer, estimar. Es preciso tratar de agradar cada vez mas al rey, demostrarle una inclinación sin límites, auxiliarle y evitarle con asiduidad toda molestia; hacerse su consejero y constituirse el padre de los pueblos, el consuelo de los oprimidos, el amparo de los desgraciados, el apoyo de la nación... Desechar á los aduladores, conocer el mérito, buscarle, adivinarle y saber emplearlo; hacerse superior á todos, puesto que estais mas elevado que ninguno... Es menester desear ser el padre, no el amo, es necesario que todos no sirvan á uno, sino que uno haga la felicidad de todos.»

Estos consejos directos de Fenelon se co-

mentaban con los avisos secretos que hacia al príncipe por medio de sus dos amigos los duques de Beauvilliers y de Chevreuse.

«Que desengañe al público, les escribía Fenelon, acerca de esas pequenezas de piedad escrupulosa que se le achacan; que consiga mismo sea severo en su interior, pero que no haga temer á la corte una grande reforma de que no es capaz el mundo. No debe decir mas que lo que se pueda hacer; que abandone las puerilidades en religion... Mejor se aprende á gobernar á los hombres estudiándolos á ellos que estudiando en los libros.»

## XIII.

El palacio de Fenelon en Cambray, hasta entonces desierto, se hizo el vestibulo del favor; los cortesanos y los ambiciosos, que habían estado alejados doce años de la desgracia de Fenelon como de la peste, acudían á él bajo todos pretextos, y todos querían sacar prendas de crédito futuro. Fenelon recibió á todos con aquella gracia natural que le hacia reinar con anticipación en los corazones, y puede decirse que ya reinaba en los pensamientos.

Las memorias acerca de las materias de gobierno que por medio del duque de Chevreuse dirigía al delfín, eran una completa constitución de la monarquía. Sus reformas políticas habían pasado de la poesía á la realidad, pero despojadas ya de las quimeras que las desacreditaban en el *Telémeco*, y llevando impresas el sello de la reflexión y de la práctica. El santo se había convertido en ministro, y el poeta en político. En estas memorias se encuentra cuanto despues se ha hecho para mejorar la suerte de los pueblos:

El servicio militar reducido á cinco años;

Las pensiones de los inválidos señaladas para que las gozasen en sus casas, no para que las malgastasen en la ociosidad del cuartel de inválidos en la capital;

Evitar á toda costa la guerra general contra toda Europa;

Sistema variado de alianzas según los intereses legítimos de la patria;

Estado regular y público de los ingresos y gastos del país;

Registro de los impuestos, y la votación y repartición de las contribuciones por los representantes de las provincias;

Asambleas provinciales;

Supresión de la herencia en los empleos;

Conversion de los Estados generales del reino en asambleas nacionales;

Despojar á la nobleza de todo privilegio y de toda autoridad feudal, dejándola solo con la ilustración que pudiera darla el título de familia;